

GERTRUDIS.—¡La inocencia tiene un amigo en el cielo!  
¡Mira delante, Werner, no hacia atrás!

STAUFFACHER.—Nosotros los hombres podemos morir peleando con valor; pero ¿cuál será vuestra suerte?

GERTRUDIS.—Queda un medio de salvación para los débiles: un salto desde ese puente me devuelve mi libertad.

STAUFFACHER. (Echándose en sus brazos.)— Quien oprime contra su pecho otro tan noble, puede combatir con alegría por sus hogares, y no teme á los ejércitos de ningún monarca... Voy á Uri sin retardo; allí vive un huésped amigo, el Sr. Gualterio Fürst, que piensa sobre estos asuntos como yo. Allí está también el noble Attinghausen, señor de bandera... que, si bien de esclarecida estirpe, ama al pueblo y reverencia las antiguas costumbres. Con los dos me aconsejaré acerca de los medios más eficaces para defendernos valerosamente de los enemigos de nuestro país... Adiós... y, mientras estoy ausente, cuida con prudencia de nuestra casa... Sé pródiga con el peregrino, que se encamina á visitar el templo del Señor, y con el piadoso monje, que pide limosna para su convento. ¡Que se vayan satisfechos! A nadie se cierra la casa de Stauffacher. Está en lo más alto de la carretera, visible, y su techo hospitalario abierto á cuantos caminantes pasen por ella. (Mientras se aleja por el fondo, preséntanse Guillermo Tell y Baumgarten.)

TELL. (Á Baumgarten.)—Ya no me necesitáis para nada. Entrad en esa casa, en donde vive Stauffacher, padre de los oprimidos... Pero vedlo ahí... ¡Seguidme; venid! (Acércanse á él, y cambia la decoración.)

## ESCENA III.

La plaza pública de Aitdori.

En una altura, en el fondo, se edifica una fortaleza, ya tan adelantada, que se observa la forma de toda ella. La parte posterior está terminada, y se trabaja en la anterior, notándose los andamios, en donde suben y bajan los jornaleros. En lo más elevado hay un trabajador en pizarra. Reina grande actividad y movimiento.

Un OFICIAL, inspector de los servicios, un MAESTRO PICAPEDRERO, OFICIALES y PEONES.

EL OFICIAL. (Excitando á los trabajadores con un palo.)—¡Ea, á trabajar, y dejaros ya de huelga! Traed piedras, cal y mortero. Que cuando venga el Sr. Gobernador vea la obra adelantada... Os arrastráis como los caracoles. (A dos jornaleros, que vienen cargados.) ¿Es eso una carga? ¡Pronto! ¡El doble! ¿Y dirán estos flojos que no roban?

PRIMER JORNALERO.—Triste es, sin embargo, que nosotros mismos hayamos de traer las piedras para labrar nuestra propia cárcel.

EL OFICIAL.—¿Qué murmura ése? Esta gente es perversa, y no saben otra cosa que ordeñar vacas, y rodar por las montañas.

UN ANCIANO. (Sentándose.)—¡Ya no puedo más!

EL OFICIAL. (Pegándole.)—¡Arriba, viejo, á trabajar!

PRIMER JORNALERO.—¿No tenéis, pues, entrañas, forzando á tan penosa faena á un anciano, que apenas se puede arrastrar?

EL MAESTRO PICAPEDRERO Y LOS OFICIALES. — ¡Eso clama al cielo!

EL OFICIAL.—Cada cual á lo suyo: yo hago lo que me corresponde.

SEGUNDO JORNALERO.—¡Oficial! ¿Cómo se llamará la fortaleza que estamos construyendo?

EL OFICIAL.—¡La fortaleza de Uri! ¡Este yugo es para vosotros!

LOS JORNALEROS.—¡La fortaleza de Uri!

EL OFICIAL.—Vamos, ¿qué motivo es ese de risa?

SEGUNDO JORNALERO.—¿Con ese pequeño edificio os proponéis sujetar á Uri?

PRIMER JORNALERO.—¿Pero cuántas ratoneras como ésta será preciso amontonar, hasta que formen una montaña como la más pequeña de Uri? (El Oficial desaparece por el fondo.)

EL MAESTRO.—Tiraré al lago más profundo el martillo que me ha servido para construir este maldito edificio. (Preséntanse Tell y Baumgarten.)

STAUFFACHER.—¡Ojalá que no sirviera para ser testigo de estas cosas!

TELL.—¡Aquí no estamos bien! ¡Vámonos más lejos,

STAUFFACHER.—¿Estoy ya en Uri, en la patria de la libertad?

EL MAESTRO.—¡Oh, señor! ¡Si antes hubieseis visto el cabozo que hay bajo la torre! El que lo habite, no oirá cantar los gallos.

STAUFFACHER.—¡Oh Dios!

EL MAESTRO.—¡Mirad estos bastiones, estos contrafuertes, como si hubiesen de ser eternos!

TELL.—Lo que se hace con una mano, se puede destruir con la otra. (Mirando hacia la montaña.) Dios nos ha concedido la fortaleza de la libertad. (Óyese un tambor; llegan gentes, que traen un sombrero en lo alto de un palo; siguelos un pregonero, y mujeres y muchachos alborotados.)

PRIMER JORNALERO.—¿Qué significa ese tambor? ¡Atención!

EL MAESTRO.—¿Para qué esta procesión de carnaval, y este sombrero?

EL PREGONERO.—¡Escuchad, en nombre del Emperador!

LOS OFICIALES.—¡Callad! ¡Oid!

EL PREGONERO.—¿Veis este sombrero, habitantes de Uri? Se colocará en lo alto de un fuste, en medio de Altdorf, en el punto más culminante, porque tal es la voluntad y el propósito del Gobernador. A este sombrero se honrará como á su mismo dueño, doblando ante él la rodilla, y descubriéndose la cabeza... Así conocerá el Rey á los obedientes. Quien no cumpla esta orden, será castigado en su persona y bienes. (El pueblo se rie; el tambor suena, y se van los del sombrero.)

PRIMER JORNALERO.—¿Qué nueva extravagancia ha ideado el Gobernador? ¿Honrar nosotros un sombrero? Decid, ¿se ha cido nunca nada igual?

EL MAESTRO.—¿Arrodillarnos nosotros ante un sombrero? ¿Así se burla de hombres formales?

PRIMER JORNALERO.—¡Si fuese siquiera la corona imperial! ¡Pero el sombrero austriaco, el que yo ví sobre el trono, cuando fuimos á jurar!

EL MAESTRO.—¿El sombrero austriaco? ¡Cuidado! ¡Nos tienden un lazo para vendernos al Austria!

LOS OFICIALES.—Ningún hombre de honor se someterá á esta vergüenza.

EL MAESTRO.—¡Venid! Vamos á aconsejarnos con los demás. (Vanse al fondo.)

TELL. (Á Stauffacher.)—¡Ya lo veis! ¡Adiós, Sr. Werner!

STAUFFACHER.—¿A dónde queréis ir? ¡Oh! ¿A qué tanta precipitación?

TELL.—Mis hijos tienen necesidad de su padre. ¡Adiós!

STAUFFACHER.—Mi corazón rebosa, y desearía hablaros.

TELL.—Las palabras no lo aliviarán.

STAUFFACHER.—Pero las palabras podrían llevarnos á los hechos.

TELL.—Paciencia y silencio es ahora lo único posible.

STAUFFACHER.—¿Y se ha de sufrir lo que es intolerable?

TELL.—Los tiranos violentos son los que menos tiempo reinan... Cuando la tempestad se eleva de los abismos, se apagan los fuegos, las barcas se refugian apresuradamente en el puerto, y el poderoso espíritu, que la anima, pasa por la tierra sin dejar huella. Que cada uno viva tranquilo en su morada. La paz se concede sin trabajo al pacífico.

STAUFFACHER.—¿Pensáis así?

TELL.—La víbora no pica sin provocación. Se cansarán ellos mismos, si observan que el país permanece sosegado.

STAUFFACHER.—Mucho podríamos lograr si estuviésemos unidos.

TELL.—El que está solo, se salva más fácilmente en caso de naufragio.

STAUFFACHER.—¿Con tanta frialdad renunciáis al bien común?

TELL.—Nadie cuenta con seguridad más que consigo mismo.

STAUFFACHER.—Hasta los débiles, si se unen, son fuertes.

TELL.—El fuerte lo es más aislado.

STAUFFACHER.—¿La patria, pues, no podría contar con vuestra ayuda, si, llena de desesperación, apelase á la fuerza?

TELL. (Dándole la mano.)—Tell va á buscar el cordero caído en un precipicio, ¿cómo abandonaría á sus amigos? Sin embargo, sea cual fuere vuestra conducta, no llamadme á vuestros consejos, porque yo no puedo discutir ni reflexionar largamente. Si me necesitáis para un acto de resolución, llamadme, y no faltaré. (Sepáranse en distintas direcciones. Levántase un tumulto repentino alrededor del andamio.)

EL MAESTRO. (Entrando apresuradamente.)—¿Qué ocurre?

PRIMER OFICIAL. (Que se presenta gritando.)—El pizarrista se ha caído del techo. (Bertha se presenta corriendo con su séquito.)

BERTHA.—¿Ha muerto? ¡Venid, socorredlo, salvadlo!... ¡Si es posible ayudarle, apresuraos, aquí hay oro! (Tira sus joyas al pueblo.)

EL MAESTRO.—¿Vuestro oro?... ¿Creéis que con el oro todo se consigue? Cuando arrebatáis un padre á sus hijos, un marido á su mujer; cuando el mundo está desolado y lleno de ruinas, ¿imagináis remediarlo con oro?... ¡Andad con Dios! Contentos vivíamos, antes que viniésemos. Con vosotros ha venido también la desesperación.

BERTHA. (Al oficial del Gobernador, que vuelve.)—¿Vive? (El oficial hace una señal negativa. ¡Oh fortaleza desdichada! ¡Constrúyete con maldiciones, y malditos serán los que te habiten! (Vase.)

## ESCENA IV.

Casa de Gualterio Fürst.

GUALTERIO FURST y ARNALDO DE MELCHTHAL,  
entran á un tiempo por distintas partes.

MELCHTHAL.—Señor Gualterio Fürst...

GUALTERIO.—¡Si nos sorprendieran! Quedaos en donde estabais. Rodeánnos espías.

MELCHTHAL.—¿No me traéis nuevas de Unterwalden? ¿Nada de mi padre? No puedo sufrir más tiempo estar aquí ocioso como un preso. ¿Qué he hecho yo, para esconderme como un asesino? He roto un dedo á un criado inso-

lente, que, por orden del Gobernador, intentaba arrebatarme en mis barbas mi mejor yunta de bueyes.

**GUALTERIO.**—Fuisteis demasiado vivo. Ese criado era del Gobernador, enviado por vuestro superior; habéis obrado mal, y, por mucho que os indignara, debierais haber sido prudente.

**MELCHTHAL.**—¿Debía yo tolerar las palabras injuriosas de ese desvergonzado? «Si el labrador», dijo, «quiere comer pan, él mismo ha de uncirse al arado.» Me desgarró el alma, cuando separó á los bueyes, mis mejores bestias, del yugo. Mugían tristemente, como si sintieran la injusticia, y amenazaban con sus cuernos. La ira, muy puesta en razón, se apoderó de mí; y, no siendo ya dueño de mi albedrío, le maltraté.

**GUALTERIO.**—¡Oh! Si nosotros apenas podemos refrenarnos, ¿cómo se ha de contener la fogosa juventud?

**MELCHTHAL.**—Sólo mi padre me inspira lástima... Necesita que se le cuide, y su hijo está lejos. El Gobernador lo aborrece, porque siempre ha defendido honradamente la libertad y la justicia. Oprimirán, pues, al pobre anciano, y nadie lo protegerá contra las afrentas... ¡Suceda lo que quiera, voy á buscarlo!

**GUALTERIO.**—Esperad un poco, y tened paciencia, hasta que tengamos noticias de Unterwald... Oigo llamar; idos de aquí... Quizás algún satélite del Gobernador... Entrad... No estáis seguro en Uri de las garras de Landenberg, porque los tiranos se ayudan...

**MELCHTHAL.**—Nos enseñan lo que debiéramos nosotros hacer.

**GUALTERIO.**—¡Andad! Os llamaré de nuevo, si nada tenéis que temer. (Melchthal se va.) ¡Desdichado! No me atrevo á decirle la desgracia que presiento... ¿Quién llama? Siempre me pongo en lo peor, cuando suena la puerta. La traición y las sospechas nos rodean por todas partes. Los

agentes de la tiranía penetran hasta el interior de las casas, y pronto será necesario poner cerrojos y cerraduras en las puertas. (Abre, y retrocede admirado al entrar Werner Stauffacher.) ¿Qué veo? ¿El Sr. Werner? ¡Huésped querido y estimado, pardiez!... Ninguno mejor que él ha atravesado estos umbrales. ¡Sed bien venido, como el que más, bajo mi techo! ¿Qué os trae? ¿Qué buscáis aquí, en Uri?

**STAUFFACHER.** (Tendiéndole la mano.)—Los tiempos pasados y la antigua Suiza.

**GUALTERIO.**—Vienen en vuestra compañía... Mirad, ¡cuánto me alegro, cuánto se entusiasma mi corazón con vuestra sola presencia!... Sentaos, Sr. Werner... ¿Cómo abandonáis á la señora Gertrudis, vuestra amable esposa, la hija más mimada del prudente Iberg? Todos los viajeros, que, desde Alemania, se encaminan á Italia por Meinrad Tell, alaban vuestra casa hospitalaria... Decidme, sin embargo; si pasasteis ha poco por Fluelen, ¿nada insólito observasteis antes de llegar á mi casa?

**STAUFFACHER.** (Sentándose.)—He visto bien un nuevo edificio que me ha llamado la atención y que no me satisface.

**GUALTERIO.**—¡Oh amigo! ¡De una sola ojeada habéis visto cuanto se podía ver!

**STAUFFACHER.**—Jamás se ha conocido otra cosa como esta en Uri... Desde tiempo inmemorial no ha habido aquí ciudades semejantes, y sólo el sepulcro era la morada eterna.

**GUALTERIO.**—¡Es la tumba de la libertad! Le dais el nombre que merece.

**STAUFFACHER.**—Sr. Gualterio Fürst, no hay necesidad de ocultaros que no me trae á estos parajes una curiosidad inútil. Graves cuidados me afligen... He dejado en mi casa la opresión, y la encuentro también aquí. Porque es intolerable de todo punto lo que sufrimos, y no se vislumbra su término. Libre era Suiza siglos hace, y estamos acostum-

brados á que nos traten con bondad. Desde que hay pastores en estas montañas, no se ha visto nada parecido.

GUALTERIO.—Sí, esa conducta no tiene ejemplo. Hasta nuestro anciano Sr. de Attinghausen, suizo de otros tiempos, cree también que esto es insufrible.

STAUFFACHER.—Allá, en Unterwald, sucede lo mismo, y se ha derramado sangre... Wolfenchiessen, el bailío del Emperador, que vivía en Rossberg, codiciaba el fruto prohibido. Intentó abusar de la mujer de Baumgarten, que reside en Alzelle, y el marido lo mató de un hachazo.

GUALTERIO.—¡Oh! ¡Justos son los decretos de Dios!... ¿Baumgarten, decís? Un hombre honrado. ¿Ha conseguido escaparse y esconderse?

STAUFFACHER.—Vuestro yerno lo pasó allende el lago. Yo lo oculté en mi casa de Steinen... Pero este mismo me ha referido otro caso más atroz ocurrido en Sarnen, que hará destilar sangre á todo corazón honrado.

GUALTERIO. (Con atención).—¿Cuál es? Decidlo.

STAUFFACHER.—En Melchthal, junto á Kerns, hay un buen sujeto, llamado Enrique de Halden, y su voz es influyente entre sus convecinos.

GUALTERIO.—¿Quién no le conoce? ¿Qué le ha sucedido? ¡Acabad!

STAUFFACHER.—Landenberger, en castigo de una falta leve de su hijo, mandó que le arrebatasen dos bueyes suyos, la mejor yunta, cuando estaban uncidos al arado. Y el manco hirió al agente, y huyó.

GUALTERIO. (Con la mayor ansiedad).—¿Pero el padre...? Decid, ¿qué le sucedió?

STAUFFACHER.—Landenberg ordenó al padre que le entregase el hijo; y aunque le ha jurado el anciano, como es verdad, que ignora en dónde se halla el fugitivo, el Gobernador ha mandado llamar al verdugo...

GUALTERIO. (Levantándose, y queriendo llevárselo aparte).—¡Oh! ¡Silencio! No más.

STAUFFACHER. (Alzando la voz).—«Tu hijo se me ha escapado,—dijo,—pero tú estás en mi poder... Tiradlo en tierra, y que le introduzcan un punzón de hierro en los ojos...»

GUALTERIO.—¡Dios misericordioso!

MELCHTHAL. (Saliendo precipitadamente).—¿En los ojos, decís?

STAUFFACHER. (Admirado, á Gualterio).—¿Quién es este joven?

MELCHTHAL. (Tocándole trémulo con las manos).—¿En los ojos? ¡Hablad!

GUALTERIO.—¡Desventurado!

STAUFFACHER.—¿Quién es? (Gualterio le hace una señal).—¿Es el hijo? ¡Justo Dios!

MELCHTHAL.—¡Y yo estaba lejos!... ¿En los dos ojos?

GUALTERIO.—¡Conteneos! ¡Mostraos hombre!

MELCHTHAL.—¡Por tu causa, por mi culpa!... ¡Ciego, pues?... ¡Ciego, en verdad, ciego por completo!

STAUFFACHER.—Yo lo digo. Ya no ve; ya no verá más la luz del sol.

GUALTERIO.—¡Compadeceos de su aflicción!

MELCHTHAL.—¡Jamás! ¡Nunca jamás! (Pone la mano delante de los ojos, y habla algunos instantes; va luego del uno al otro, y se expresa con acento ahogado, interrumpido por los sollozos.) ¡Oh! ¡Don del cielo es la luz de los ojos!... Todos los seres, todas las criaturas felices, aman la luz... Hasta las plantas la buscan gozosas, y él, sintiéndolo y conociéndolo, vivirá en las tinieblas, en la noche eterna!... No se recreará con la verdura de los prados, con el esmalte de las flores, ni podrá ver sus colores rojos... Poco importa morir... pero vivir, y no ver, es una desdicha... ¿Por qué me miráis con tanta lástima? Yo tengo dos ojos sanos, y no puedo dar ninguno á mi padre ciego, ni una chispa siquiera del océano de luz, en el cual se sumergen mis pupilas deslumbradas.

STAUFFACHER.—¡Ay de mí! Debo aumentar vuestra pena, en vez de aliviarla... Su aflicción es mayor aún, porque el Gobernador se lo ha robado todo. Sólo le deja un bastón, para que, desnudo y ciego, pida limosna de puerta en puerta.

MELCHTHAL.—¿Nada más que un bastón á un anciano ciego? Privado de todo, hasta de la luz del sol, bien común á los más pobres... ¡No me habléis ya de quedarme aquí, ni de ocultarme! ¡Miserable y cobarde yo, preocupado en salvarme, y no á tí!... dejé en prenda, en las manos de ese malvado, tu cabeza venerada. ¡Adiós, pues, vergonzosa previsión!... Ya no quiero pensar sino en una venganza sangrienta. Allá iré... nadie podrá detenerme... á pedir al Gobernador la vista, que ha arrebatado á mi padre... lo buscaré entre todos sus satélites... Nada me interesa ya la vida, si logro extinguir en su sangre mi intenso y eterno dolor. (Hace ademán de irse.)

GUALTERIO.—No os vayáis. ¿Qué vais á conseguir contra él? Reside en Sarnen, en su elevado castillo, y se ríe de tu cólera impotente desde su fortaleza inexpugnable.

MELCHTHAL.—Aunque habite allá arriba, en el palacio de hielo de Schreckhorns, ó más aún, en donde el Jungfrau se oculta entre nubes eternas... yo me abriré camino hasta él; y, con veinte jóvenes de mis ideas, derribaré su fortaleza. Y si nadie me sigue, y si todos vosotros, temblando por vuestras chozas y ganados, os sometéis al yugo de la tiranía... convocaré á los pastores en la montaña, y allí, bajo la libre bóveda del cielo, en donde están despiertos los sentidos y sano el corazón, les contaré esa horrible crueldad.

STAUFFACHER. (A Gualterio).—El mal llega á su colmo... ¿Hemos de esperar hasta el extremo?...

MELCHTHAL.—¿Qué mayor extremo hemos de esperar, cuando no están ya seguras las pupilas en los ojos?... ¿No

tenemos armas? ¿Para qué aprendemos á tirar la ballesta y á esgrimir la pesada hacha? Todos los seres encuentran en su desesperación medios de defensa. El ciervo, ya sin aliento, enseña á la trailla sus cuernos temibles; la gamuza arrastra al cazador al precipicio, y hasta el buey, manso compañero del hombre, que unce al yugo su cuello de inaudita fuerza, salta si se le irrita, mueve su poderosa cornamenta, y lanza á las nubes á su enemigo.

GUALTERIO.—Si los tres cantones pensaran como nosotros tres, quizás pudiéramos tentar algún esfuerzo.

STAUFFACHER.—Si Uri llama, si Unterwald ayuda, Schwitz será consecuente con sus antiguos lazos.

MELCHTHAL.—Muchos amigos cuento en Unterwald, y todos aventurarán gozosos su cuerpo y su vida, si otros han de ampararlos y ayudarlos... ¡Oh patricios venerandos de esta región! Solo soy y joven, entre ellos, tan expertos... mi voz ha de callar por modestia en este consejo. Pero porque soy joven, y tengo poca experiencia, no menospreciéis mi opinión y mis discursos. No me impulsa el ardor de mi sangre juvenil, sino el horrible poder de la más atroz desdicha, que inspiraría compasión á los más duros peñascos. Vosotros mismos sois padres, cabezas de familia, y deseáis tener hijos virtuosos, que honren vuestros blancos y rizados cabellos, y que guarden con esmero las niñas de vuestros ojos. ¡Oh! ¡Porque vosotros mismos nada hayáis sufrido en vuestro cuerpo y bienes, y porque vuestros ojos están sanos y vigorosos en sus órbitas, no os mostréis extraños á nuestra pena! La espada del tirano está pendiente sobre vosotros; habéis intentado sustraer á este país á la dominación del Austria; ningún otro agravio ha cometido mi padre; sois sus cómplices, y seréis también condenados.

STAUFFACHER. (A Gualterio Fürst).—Decidid; yo estoy dispuesto á seguirlo.

**GUALTERIO.**—Sepamos antes cómo opinan los nobles señores de Sillesien y Altinghausen... Su reputación, según creo, nos traerá amigos.

**MELCHTHAL.**—¿Qué nombres hay en estos bosques y montañas más respetables que los vuestros? En la verdadera importancia y autoridad de tales nombres confía el pueblo, y en toda esta región son gratos al oído. La rica herencia de virtudes que recibisteis de vuestros progenitores, la habéis aumentado... ¿Qué necesidad tenemos de la ayuda de los nobles? ¡Terminemos solos la empresa! Si no contáramos más que con nosotros, ¿dejaríamos de defender nuestra causa?

**STAUFFACHER.**—Los nobles no sufren lo que nosotros. La corriente, que arrasa los valles, no ha alcanzado las alturas. Su auxilio, sin embargo, no nos faltaría, si viesan al país levantado en armas.

**GUALTERIO.**—Si hubiese un juez entre nosotros y el Austria, la justicia y el derecho nos favorecerían. Nuestro opresor es nuestro Soberano, y nuestro juez supremo... Dios, por tanto, y nuestro brazo son nuestra única esperanza... Explorad los ánimos en Schwitz, y yo me granjearé amigos en Uri. ¿Quién enviaremos á Unterwald?...

**MELCHTHAL.**—A mí... ¿A quién interesa más?...

**GUALTERIO.**—No lo apruebo. Sois mi huésped, y debo cuidar de vuestra salvación.

**MELCHTHAL.**—¡Dejadme!... Yo conozco las sendas extrañadas, y los pasos de las montañas, y cuento con bastantes amigos para que me den albergue y me oculten.

**STAUFFACHER.**—¡Que vaya, y que Dios lo acompañe! Allí no hay traidores... Tan odiosa es la tiranía, que no encontrará ningún instrumento dócil. El de Alzelle también nos ganará el país, y trabajará en levantarlo.

**MELCHTHAL.**—¿Cómo nos pondremos en comunicación unos con otros, sin despertar las sospechas del tirano?

**STAUFFACHER.**—Podríamos reunirnos en Brunnen ó en Teib, en donde desembarcan los buques de los mercaderes.

**GUALTERIO.**—Tan al descubierto no podemos hacerlo... Oid mi parecer. A la izquierda del lago, yendo á Brunnen, frente á frente de Mythenstein, hay un prado oculto en la espesura, llamado Rütli por los pastores, porque los árboles han sido allí arrancados. Es el límite de nuestro cantón y del vuestro (A Melchthal), y en un instante, (A Stauffacher.) desde Schwitz puede trasportaros una barca ligera. Por sendas solitarias, durante la noche, podemos juntarnos allí y deliberar con seguridad. Cada uno llevará consigo diez hombres, que le sean adictos de corazón; y, reunidos, acordaremos lo más conveniente al procomún, y, con ayuda de Dios, resolveremos lo mejor.

**STAUFFACHER.**—Sea, pues, así. Dadme ahora vosotros dos vuestra diestra leal, y del mismo modo que nuestras manos, estrechándose entre sí, lo hacen sinceramente y sin falsía, así nuestros tres cantones, confiados y apoyándose unos á otros, estarán unidos para vivir ó para morir.

**GUALTERIO Y MELCHTHAL.**—¡A vida ó muerte! (Se aprietan las manos, y permanecen un momento callados.)

**MELCHTHAL.**—¡Padre ciego y anciano, ya tú no verás con tus ojos el día de la libertad, pero llegará á tus oídos!... Cuando de cerro en cerro brillen las hogueras, y se derrumben los alcázares de la tiranía, el suizo entrará en tu choza para anunciarte la alegre nueva, y la luz brillará en tu eterna noche. (Vanse.)